

Si Pepe Claros fuese un obseso, su obsesión sería viajar y pintar. Y, pese a su constante serenidad, creo que lo es. Si no fuese así, no se entendería en absoluto su afán viajero, y los recorridos en que voluntariamente se ha sumido a lo largo de su trayectoria personal; y mucho menos podría captarse esa dedicación pictórica, dentro de unos moldes, en los que hay que destacar, sobre todo, su minuciosa intención. Pese a todo, Claros no quiere presumir de nada, ni descubrirnos nada de su vida, ni de su pintura, por la simple razón de que su intención no está basada en el descubrimiento, ni en el alarde. Pepe Claros tampoco quiere emborracharnos con sus experiencias viajeras al lugar lejano, del que regresa cargado de armonías. Lo que le gusta es ver, saborear las vivencias y transformarlas, a su aire, para hacer llegar lo que para él han sido momentos de felicidad. Al fin y al cabo, todo cuanto desea lo tiene al alcance de la mano y de sus pretensiones artísticas. Sabe dejarse llevar por el momento y por los sentimientos, que poco a poco se irán confirmando, hasta que quede definido el método a seguir y la finalizada meta que desea alcanzar.

Si se quiere, podríamos decir que Pepe Claros trabaja con la sana intención de trazar un gesto personal, que no consistirá en alcanzar la perfección de lo intocable, sino en dejar que cada obra se empape de sí mismo. No hay más que detenerse ante algunos de sus cuadros, de antes o de ahora. Y, de inmediato, se aprecia la variedad, el gusto, el delecto palpable que el pintor va derramando, con la virtud añadida de que lo que no es más que una simpleza, al alcance de cualquiera, en Pepe Claros adquiere rasgos de transformación, con la esperanza firme de que en cada paso –mejor, en cada pincelada– posterior iremos hallando lo definitivamente resuelto.

Estos síntomas de esperanza culminada se advierten según se levanta cada una de las hojas mensuales de este calendario –ya ejemplo de un constante impulso artístico–, que nos viene ofertando Pictografía, desde hace años. Esta vez, llega impregnado por unos aromas puros, que parecen desprender los jazmines que Pepe siempre captó con unos tintes poéticos; por esas fragancias penetrantes que nos dejan las rosas recién cortadas; y por roce hiriente de unos geranios desbocados por el poderío de su frescura. Las flores y los aromas aparecen acompañados de unas estampas cargadas de lejanía, en las que se mezclan la naturalidad del paisaje remoto, con la serenidad angelical o con la figura femenina, que se nos muestran como un arrebató de destreza natural. Tampoco puedo olvidar esas granadas que descargan su dulzura, ni esos higos que multiplican su sabor. Todo es como un repaso por lo que tiene ante la vista y por lo que se le aparece en la evocación del recuerdo, en la proximidad del viaje o en la intangibilidad del sueño. Es que todo cuanto encierra un soplo de validez artística, real o imaginada, tiene cabida en el mundo artísticamente, por supuesto, ideal, que Pepe Claros se plantea, aunque no quiera descubrirnos más que lo que esté al alcance de sus pretensiones. También hay algo que no debiera olvidarse, y es que en la pintura de Pepe Claros uno descubre ardor; o sea, que siempre está limpia de esa frialdad maquinal que parece llevarse como signo distintivo de actualidad u originalidad..., mal entendida. Contiene una tierna frescura, que dista mucho de los falsos engarces que se utilizan para aparentar lo que en realidad no existe.

Pero, aunque, como se ha afirmado, Pepe Claros no pretenda descubrirnos nada –¿qué se puede descubrir en este 2010, en el que nos sitúa el anuario?–, ojalá hubiese espacio para ir alumbrando su espíritu variadamente aventurero y calurosamente humanista, que uno pregona como una de las atrayentes facetas de este pintor de alma natural y de obra casi silenciosa, que no parece tener otras pretensiones que la íntima satisfacción. Realizaría ahora toda una disertación sobre por qué uno inserta estas definiciones, pero quizá no interesa al gran público, porque escribo sobre la continuidad del roce de muchos años, conservado sobre la base de contactos quebrados por la velocidad del tiempo, que siempre ha acompañado y acompaña nuestra amistad, nuestro cariño.

Con estas últimas cuatro palabras, no habría más que añadir, porque cualquiera puede captar lo que uno –quiero decir yo mismo– sumaría a este liviano comentario sobre la pintura de nuestro protagonista. Creo que, sí, a veces o casi siempre, esa amistad y ese cariño se mantienen y aumentan, es gracias a que se ha encontrado en el artista y en su trabajo la sinceridad que en otros tanto se echa de menos. Es que la sinceridad en el mundo del arte suele ser tan fingida...